

ODA.

Ego ero ei in patrem, et ipse erit mihi in filium.

(II Reg. VII, 14).

Canten otros del Sol los resplandores,
El alma vida y soberano cielo;
Que yo de tus amores
A levantar sólo una punta al velo,
Aspiro en mis loores.

Airada allá desde el Pirene umbrío
La tea blande Némesis de fiera
Discordia: como río
Corre el fuego voraz: la gente ibera
Arde en furor impío.

¡Cuántos ayes doquier! ¡qué de fatiga
Del Cabo Creus al Finisterre acrece!
De sangre toda liga
Rompióse en la Nación y desaparece
Ante Furia enemiga.

Estériles gemidos de mi pecho
Brotaban mil en hecatombe tanta
Bajo extranjero techo,
Do de hospitalidad cordial y santa
Me ataba lazo estrecho.

Allí llegó tu voz, voz generosa,
Del Garona gentil en la ribera:
Allí yo presurosa
Atención le presté por vez primera
En hora venturosa.

Los brazos me tendiste paternales
Cual á hijo nativo y no—ajeno:
David que en los Reales
Magnánimo recibe, franco el seno,
A sus nuevos leales.

Al gusto mío atento y al decoro,
A cultivar las letras me enviabas:
Del Dios á quien adoro,
Más tarde al ministerio me donabas,
De méritos tesoro.

Hórrido ruge el aquilón un día,
Y excelso pino secular asuela:
La mar negra y bravía
Quebranta en trozos cien la carabela
Del nauta que en sí fía.

Así de fiebre indómita ¡ay! sañuda
Vigor pujante acaso acometido,
A la embestida ruda
Sucumbirá, si Genio bendecido
Amante no le escuda.

El Genio fuiste tú. De sus polluelos
No cuida la gallina con terneza
Mayor y más desvelos,
Que tú, oh buen Pastor, de mi flaqueza
En mis letales duelos.

Mas ¿quién narrar podrá de tus bondades
Los ejemplos sin número y medida?

¿En cuáles ansiedades
A mí tú no eres bálsamo? ¿y egida,
En qué adversidades?

Ráfaga equinoccial de torbellino
La hoja seca á regiones arrebatada
Remotas: peregrino
Tal fuí yo, protegido por la grata
Sombra de mi destino.

Breve fué el vendaval. Noche serena
Vino en pos; luz de arriba da apacible
De Diana la faz llena;
Silencio en torno; gozo inextinguible
Adentro: calma plena.

¡Oh paz! ¡oh luz! ¡oh eterna bienandanza,
Abismo del humano pensamiento!
¡Oh mi dulce esperanza!
¡Oh mi Pastor...! Perenne y alto asiento
Allá también alcanza!

MANUEL SOLÉ.